Este texto es un material en proceso, destinado a trabajar y debatir en el marco del Seminario General organizado por el Centro de Antropología Social del IDES en el encuentro del 30 de octubre de 2025.

Seguir a las verduras.

De cómo una investigación empezó con la agricultura familiar y se fue yendo...hacia las agriculturas de parentesco

Noelia Soledad Lopez

CAS/IDES

En mi investigación de doctorado trabajé con *familias vecinas*¹ en un barrio de una localidad al sur del gran Buenos Aires que producen verduras frescas de estación y las venden a través de diferentes mercados frutihortícolas, ferias y bolsones de verduras centralmente en la cabecera del partido y en la Ciudad de Buenos Aires.

Durante 2009, después de una tormenta que volteó muchos de los invernáculos en la zona, con el asesoramiento de las técnicas y los técnicos agrónomos que empezaron a ser financiados a través de un programa de desarrollo rural, estas vecinas y vecinos armaron, primero, un “grupo de productores” y, después, una “asociación de productores”. Y a partir de 2013 empezaron a producir de forma agroecológica, una propuesta que llegó al barrio a partir de las relaciones que estas familias armaron con sus técnicos agrónomos, quienes los asesoraron. En ese momento, más específicamente en 2014, el mismo programa se relanzaba. Y entre las orientaciones del programa relanzado se los definía en términos de agricultores familiares.

En estas páginas quisiera compartir cómo se hilvanó mi investigación a partir de un trabajo de campo en este barrio al que yo llegaba desde la Ciudad de Buenos Aires para trabajar en las labores agrícolas diarias en algunas de estas *quintas*². Estas familias tomaban decisiones en torno a las propuestas que llegaban al barrio –formar una

¹ Los términos nativos se presentan en bastardilla y aluden a formas de expresión y categorías locales. Serán aclarados en cada contexto de uso y en el caso de que sea necesario a los fines argumentativos del texto, se definirán en notas a pie de página con el objetivo de aclarar a qué aluden. Las comillas se usarán en algunas ocasiones para retomar frases literales de las personas, y en otras para explicitar y aludir a términos académicos que no son usados frecuentemente por los protagonistas de este texto. Se podrá entender su uso en función del contexto de las situaciones que se describen.

² La producción de frutas y verduras frescas de estación se realiza en las *quintas*, las unidades productivas de base doméstica en las que se sostiene cotidianamente la producción de verduras y para la que se contrata eventualmente mano de obra para la realización de algunas tareas.

asociación y producir de forma agroecológica–, y estaban en contacto con muchas personas: representantes de instituciones de desarrollo rural, autoridades municipales y provinciales, con quienes impulsan actividades desde distintas universidades, con sus técnicos y técnicas y con investigadores sociales entre quienes me incluyo. Esa experiencia involucró tanto los planes de determinados programas y políticas como los de las *quinteras* y los *quinteros* en el barrio. Y esos planes, incluso cuando pueden converger en algunos aspectos, son distintos.

Me adelanto en la escritura para decir primero lo que en realidad llegó bastante después. La materia prima de la investigación fue el trabajo de campo. Antes de hacer trabajo de campo no sabía hacia qué direcciones me llevaría. Contaba con otras investigaciones sociales contemporáneas que formaban parte de los estudios sociales agrarios contemporáneos y tematizaban, entre otras cuestiones, la noción de agricultura familiar.

Pero también contaba con los aportes de la disciplina, en especial los de las antropólogas y los antropólogos sociales que ejercieron el oficio en otros tiempos y lugares en la Argentina, que problematizaron los dilemas agrarios de distintos grupos sociales y cultivos (Guber y Visacovsky, 2000); y que usaron otros conceptos como el de articulación social (Hermitte y Bartolomé, 1977) y el de explotación agrícola familiar (Vessuri, 1973). El concepto de articulación social apuntaba al análisis de los procesos mediante los que se vinculaban varios niveles de organización dentro de una misma sociedad, sin por eso homogeneizarse³. La noción de explotación agrícola familiar fue movilizaba en varios estudios antropológicos para pensar distintas realidades agrarias en el país⁴. Estas aproximaciones fueron muy valiosas para hacerme preguntas sobre qué me encontré durante el trabajo de campo.

³ En palabras de Bartolomé y Hermitte (1977), estaban interesados en “los procesos conectivos que funcionan entre los distintos componentes de un sistema social y canalizan la transmisión de la acción social y la circulación de bienes y servicios (...) que no implicaban necesariamente una pérdida de atributos diferenciales entre las unidades consideradas, es decir, procesos cuya resultante no fuese por fuerza la homogeneización” (pp. 10). Sergio Carrizo (2025) está investigando la sociogénesis de producción teórica del concepto articulación social en América Latina. Para más información sobre este proceso de producción teórica, se puede consultar su trabajo, que prontamente será publicado.

⁴ Vessuri (1973, 1974, 1975) analizaba una experiencia cooperativa en la que participaba el antropólogo argentino Santiago Bilbao, donde ex trabajadores de un ingenio azucarero tucumano empezaban a asumirse como productores, y la comparaba con las colonias cañeras resultantes de los antiguos procesos de colonización de tierras, generalmente, al borde de la quiebra en una crisis de sobreproducción. Archetti y Stølen (1975) analizaban la economía de los colonos algodoneros del norte santafecino y los llamaban poscampesinos y hablaban de explotaciones domésticas. Para ellos los colonos tenían diferencias con los campesinos como para pensar que se trataba de una economía doméstica al estilo de los agricultores de Chiapas, del Altiplano peruano-boliviano o de los campesinos del Nordeste del Brasil. En vez, para Leopoldo Bartolomé, los colonos productores de yerba mate y té en el sudeste de la provincia de Misiones

Así que en este texto voy a empezar haciendo algunas consideraciones acerca de la definición de agricultura familiar, la noción desde la que empezaron a ser definidos mis principales interlocutores a partir de 2014; para después mostrar qué implicó ir a trabajar diariamente a las quintas en el barrio con las personas. En el último apartado, quisiera mostrar cómo lo que me encontré haciendo trabajo de campo implicó interrogar esa definición de agricultura familiar, porque me había encontrado con algo que la desbordaba.

Sobre lo que llamamos agricultura familiar

A inicios del siglo XXI la noción de agricultura familiar se impulsó, entre otros ámbitos, desde la cooperación internacional a nivel regional, por organismos internacionales como la Asamblea General de las Naciones Unidas y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura [FAO]. La caracterización del sector así llamado comenzó desde una solicitud de las Organizaciones de la Agricultura Familiar en Sudamérica, plasmándose principalmente en el ámbito del Mercado Común del Sur [MERCOSUR] y en el marco de las estrategias de desarrollo para la inserción de la región en el mercado global (Feito, 2024).

En 2008 en el país se creó la Subsecretaría de Desarrollo Rural y Agricultura Familiar (luego elevada a Secretaría). A su vez, la Secretaría creó un Registro Nacional de la Agricultura Familiar (RENAF) para aportar al diseño de políticas diferenciales y articular con información con otras áreas de gobierno. La Ley Nacional 27.118 de “Reparación histórica de la agricultura familiar para la construcción de una nueva ruralidad en la Argentina”, fue sancionada el 17 de diciembre de 2014 y promulgada de hecho el 20 de enero 20 de 2015 y definió a los agricultores familiares en su artículo 5:

“Se define como agricultor y agricultora familiar a aquel que lleva adelante actividades productivas agrícolas, pecuarias, forestal, pesquera y acuícola en el medio rural y reúne los siguientes requisitos: a) la gestión del emprendimiento productivo es ejercida directamente por el productor y/o algún miembro de su familia; b) es propietario de la totalidad o de parte de los medios de producción; c) la familia del agricultor y agricultora reside en el campo o en la localidad más próxima a él; d) los requerimientos del trabajo son cubiertos principalmente por la mano de obra familiar y/o con aportes complementarios de asalariados; e)

ilustraban el concepto más afín al de explotación agrícola familiar, el anglosajón *family farm*: una empresa agrícola orientada comercialmente y en la que el grupo doméstico del productor constituía la principal fuente de mano de obra (Bartolomé, 1975: 241).

tener como ingreso económico principal de su familia la actividad agropecuaria de su establecimiento; f) los pequeños productores, minifundistas, campesinos, chacareros, colonos, medieros, pescadores artesanales, productor familiar y, también los campesinos y productores rurales sin tierra, los productores periurbanos y las comunidades de pueblos originarios (...)” (Ley Nacional N° 27.118, 20 de enero de 2015).

La noción giró en torno al problema de definir a un sector, a partir de una serie de rasgos o atributos y para movilizarla en función de políticas de desarrollo rural específicas. Desde la producción académica se contribuyó al debate para la construcción de la definición. Algunos abordajes ponen énfasis en tematizarla como problema de gobierno (Marco, 2023). Otros en que se trata de un sector que asume formas productivas de resistencia, respuesta y propuesta ante la consolidación hegemónica del sistema agro-extractivista (Pérez, 2023), una dualidad instituida en los mismos términos en la agenda de los debates internacionales (Feito, 2024). La noción, en este sentido, parece estar atravesada por ese debate y se dirime entre caracterizar un sujeto agrario, un tipo de producción y una forma de vida, y las políticas de desarrollo rural que tengan en cuenta lo que se fue delimitando como su especificidad.

En ese marco, pude relevar tres formas de aludir a esta idea, apelando a: 1) un sujeto que juega un papel en el capitalismo agrario en el país –a veces referido como “el otro campo”, el que produce los alimentos, para diferenciarlo de los “empresarios capitalistas” que se dedican al agronegocio o a la agricultura industrial–, 2) un tipo de producción y 3) una forma de vida. La primera alusión, como sujeto agrario, atiende a la composición de grupos sociales en la estructura agraria en una tipología donde no siempre entiendo bien de qué es el “tipo”, si de empresas, estratos o clases sociales en el campo. La segunda, hace énfasis en el análisis de la relación entre factores de producción –tierra, trabajo y capital–, y en la tercera se pone el foco en la dimensión cultural como distintiva de una forma de vida (FONAF, 2006:9). Estas diferentes maneras de apelar al término destacan determinados rasgos como factores de una presunta pero poco clara especificidad de lo que sería la agricultura familiar y de quiénes serían agricultores familiares. Se podría decir que esta especificidad apunta tres rasgos: 1) la unidad doméstica y productiva están físicamente integradas –a veces se habla de yuxtapuestas–; 2) la agricultura es la principal ocupación y la fuente central de los ingresos del grupo familiar; y 3) la familia aporta la fracción predominante de la fuerza de trabajo, desde una

racionalidad económica que tiende a la reproducción de las unidades domésticas (Feito, 2013a).

La antropóloga social argentina Gabriela Schiavoni (2010) analiza por qué y de qué maneras ésta era una noción que estaba en construcción a inicios del siglo XXI y que producía tipificaciones según quién la movilizaba, a quienes esperaba incluir y para qué. Y durante estos tribulados años plantó la idea de que esta es la manera en que estatalmente se define y regula la integración de la pequeña producción al sistema socio productivo actual (Schiavoni, 2008). La categoría, en este sentido, se puede entender como un hecho de Estado orientado por determinados procedimientos, encuestas, registros, relevamientos, producción académica, leyes que son parte de los procesos en los que, como sostuvo Schiavoni, se tipifica quiénes son y qué atributos definen su especificidad. Durante mi trabajo de campo entendí que mis interlocutores hacían usos bastante estratégicos de un término como el de “agricultura familiar” que estaba involucrado en la producción social de este hecho, y que la cuestión era entender cómo las personas estaban en una relación tan conflictiva como inevitable con él.

Trabajo de campo

–Nosotros somos gente del surco–, nos había dicho José al auditorio ciudadano que se había juntado en la finca adónde iba a ser la primera asamblea del año para definir el precio del bolsón de las verduras de invierno. Era mayo de 2019 y mi primera visita a la finca de la familia Reyes.

–La verdad es como decía mi suegro, que ya no lo tengo conmigo: la plata es liviana y el trabajo es pesado.

Y explicaba que la tormenta de 2009, que había sido como un tornado, se había se llevado todo lo que tenían y que habían tenido que buscar la manera de seguir. En una conversación con gente del municipio, les habían dicho que armaran una asociación.

–Y así lo hicimos, hicimos la asociación con todos los vecinos que estamos acá. Lo nuestro es el surco: viento, sol y lluvia.

Yo había hecho un viaje de más o menos dos horas en micro desde el centro de la porteña Ciudad de Buenos Aires, primer indicio de ese familiar y auto centrado sentido de la ubicación y del espacio. El día que conocí a José, atravesé la larga avenida hasta que

se hizo una Ruta Provincial y llegué a San Juan⁵. Cuando la avenida terminó de hacerse ruta, una rotonda y una estación de servicio delinearon una especie de fronteridad cementera, para entrar en lo que se suele llamar en la literatura académica el periurbano (Feito y Barky, 2020). En los estudios rurales agrarios, la agricultura periurbana también se llama de proximidad, por la cercanía con las ciudades.

En un momento del viaje la fisonomía del paisaje cambió, para mí, de manera bastante abrupta. El pavimento, hilo que comunicaba al centro de la ciudad cabecera del partido con la localidad –que tenía el mismo nombre de lo que las vecinas y vecinos llamaban el barrio–, se hizo más ríspido. Y apareció lo que consideré campestre. Que se dice de muchas cosas. De las quintas donde se alternaban los invernáculos y los cultivos a cielo abierto. De los campos deportivos, como el predio del club de fútbol que es el orgullo de la localidad y de los centros de ecoturismo. Una iglesia evangélica se paraba y alternaba con pocas casas de material entre las calles de tierra, que destacaban el ladrillo naranja en medio del delta verde de las quintas sobre las que se posaban, más rústicas, casas de chapa y de madera.

Desde una primera visita, los datos materiales de la ruralidad estaban marcados por mi llegada desde la Ciudad de Buenos Aires. La ciudad suele tener ese estatuto de fuerza centrípeta desde la que se experimenta e interpreta lo que no es ciudadano. Y no fue diferente para mí ese día. Esa perspectiva, la mía, era solidaria con algo que me dijo José el día que lo conocí y que solía decirle a él su suegro: *que el suelo está lejos* (de la ciudad en la que está mi casa). Y aunque las verduras migraban desde las quintas hasta mi casa conectándonos en clave de quienes las hacen y quienes las compran, él me decía que el suelo estaba lejos. ¿Qué quería decir esta lejanía? La polifonía de una palabra como periurbano tenía algo de esta constancia del punto de vista (urbano), que era, también, la mía propia.

En la literatura académica el periurbano se define como territorio de borde, como un proceso con transformaciones del medio rural a semi-rural y de semi-rural a urbano, como una trama socio productiva que, siguiendo a Barsky y a Feito (2020), expresa una situación fronteriza o de interfase entre el campo y la ciudad. Un umbral parece, el periurbano: demasiado urbano para definirlo como rural y demasiado rural para quedar subsumido en lo mero urbano. Lo urbano y lo rural armaban esa trama que hacía que esas dos localizaciones se presupongan y que entre ellas haya una comunicación tan

⁵ El nombre de la localidad y el de las personas y las familias están cambiados.

conflictiva como inevitable. Una comunicación hecha de contactos y de fricciones. Y quizás no tenía que eludir esa sensación casi corporal que registré en mis notas de campo de cruzar un umbral, porque era esa comunicación la que organizaba el contexto de las situaciones y con él de nuestras relaciones, de quiénes éramos.

El asunto es que yo venía de la ciudad, de *la capital* como me empezaron a decir, y esto no era algo de lo que me podía desentender. Marcaba de diferentes maneras mi vínculo con las personas en San Juan. Mi historia familiar y mi lugar me resultaron extrañamente presentes en el trabajo de campo. El parentesco apareció primero como un cimbronazo y esto tiene que ver con lo que me pasó como trabajadora de campo y cómo se empezó a involucrar la historia de mi familia en mi vínculo con las personas.

Cuando conocí a la familia Reyes, Liliana, la esposa de José, me había dicho que había nacido en Lugano, como yo, y que se había ido a vivir de chiquita a la localidad cuando su papá, que era policía, compró el terreno donde se estaba armando una colonia agrícola. Al lado había un portugués que era *apiero* (productor de apio). Ahí trabajaban y vivían los Díaz, que eran de Santiago del Estero. José Díaz había nacido en Caloj, como su papá, y también creció en San Juan. Eran vecinos con Liliana y cuando fueron más grandes se pusieron en pareja. El papá de Liliana, Carlos Reyes, era riojano, igual que mi abuela materna. Con la diferencia de que él había nacido en Sanagasta y mi abuela era de Ulapes. Siempre hay un suelo biográfico. Nosotros somos una familia portuaria. Así decía mi abuelo, que tenía ascendencia de España y que, igual que mi papá, trabajó en el puerto de Buenos Aires. Españoles e italianos armaban el ultramarino lado paterno de mi familia. En mi diario de campo anoté que esto me había hecho sentir una cosa rara. Yo venía de estudiar una maestría en Antropología Social y de vivir en el sur de México. Y en ningún momento haciendo trabajo de campo en Chiapas me había pasado algo parecido. Sobre todo, porque Liliana traía el lado materno de mi familia y a los desplazamientos terrunos, esos que estaban en una historia familiar que se atribuyó siempre portuaria y que miraba todo de este lado de la costa.

En eso estábamos cuando llegó la pandemia. Había hecho muy pocas visitas al barrio, había hablado con las familias para llegar a sus quintas y habíamos tenido algunos primeros encuentros. Apenas nos estábamos empezando a conocer. Y llegó el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio⁶. Y después lo que llamamos Distanciamiento Social

⁶ En Argentina, entre las medidas sanitarias implementadas por el gobierno nacional ante la propagación del virus SARS-CoV-2, estuvieron el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO), a partir del

Preventivo y Obligatorio, algo supuestamente menos malo que lo otro. Y ya no pude volver, estar ahí. Tuve que quedarme en la Ciudad de Buenos Aires. Empecé a darle otro sentido a eso de que *el suelo está lejos*, como me había dicho José que decía su suegro. Los antropólogos hacemos trabajo de campo. Sabemos que, como decía Malinowski (1986), toda la diferencia es estar ahí. Yo tenía planeado alquilar una casa, irme a vivir a San Juan y aprender a cultivar con las personas en sus quintas. Pero ese proyecto también a mí me empezó a quedar lejos y no tanto de kilómetros sino de lo que podía hacer efectivamente en ese momento.

Hice los cursos y los talleres con desesperación por momentos. Y me vi teniendo que postergarlo. Cuando aflojaron las restricciones decidí comprar un auto. Aprendí a manejar y saqué el registro en pandemia, barbijo mediante. Y empecé a comprar los bolsones de verduras que ellos armaban. Así, por lo menos, estaba cerca de sus verduras. Ellas llenaban la cocina de mi departamento. Mientras tanto, me comunicaba con José para preguntarle cómo podría hacer para llegar. Pero él me contestaba –y con razón– *no vengás*. Una y otra y otra vez. *Quedate en casa*, nos decían por las redes, *nosotros hacemos las verduras*. Porque ellos nunca dejaron de producir. Y con el tiempo me di cuenta de que yo también, pero de una manera diferente, una que me resultaba lejana. Hasta poder volver a estar ahí. En medio de este pandémico contexto que, como dijo Rosana Guber (2021), los dos compartíamos, encontramos formas alternativas de presencia.

El trabajo de campo seguía lejos. Así que, mientras cursaba, miraba la pantalla y no podía dejar de pensar que trabajo de campo no podía ser este celular por el que, desde la virtualidad, les preguntaba cómo estaban. Es que estando ahí podía entender qué era preparar el suelo, revisar las cintas de goteo, armar plantines y sembrarlos, juntar semillas, carpir una planta, cosechar y cargar cajones de verduras. Y solo estando ahí, ellos podían darse cuenta de qué se trataba esto que yo les decía que quería hacer y que se llamaba trabajo de campo. Así que me puse a estudiar. Hasta poder volver.

Una de las primeras cuestiones que me llamó la atención fue que la localidad había nacido durante el primer peronismo como una colonia agrícola fundada por italianos, japoneses y argentinos (De Marco 2012, 2017). En los años cincuenta, otros pobladores vinieron de otras provincias argentinas como Santiago del Estero y Tucumán, que se instalaron y empezaron a vivir en la colonia trabajando como peones rurales y después

Decreto 297/2020 y sus modificaciones; y luego con el Distanciamiento Social, Preventivo y Obligatorio (DISPO).

como socios de los dueños de las fincas (Fabron y Castro, 2014). Después de la segunda mitad de la década del 60, cuando la colonia se había desmembrado, habían llegado familias de Tarija y de Potosí desde Bolivia, que también trabajaron como peones en las fincas, arrendando primero una parte de las fincas de los colonos para después empezar como productores independientes⁷.

Las personas me contaban que todo había cambiado: cada vez había más barrios privados, habían tenido que *pinchar* varios metros más abajo las napas para tener agua, la cárcel había hecho que se haya ido a vivir gente que no conocían y la expansión de la Ruta iba a cambiar todavía más el barrio. Y a pesar de todo eso las familias me decían – y yo creo que ellas querrían que lo escriba así–, que son *gente de campo*. A pesar de que la localidad cambió mucho, la agricultura es la actividad a la que se dedican las personas que conocí. Ellas *hacen verduras*⁸ entre viveros de las familias japonesas que a la noche encienden sus farolitos para que los crisantemos se abran, entre tambos donde algún ganado curioso pasa la reja, y entre ralas plantaciones de grama bahiana con ese verde monótono, tan contrastante a las caleidoscópicas verduras de las quintas que aprendí a trabajar cuando –por fin– pude empezar a llegar.

Durante 2022 empecé a ir a trabajar diariamente a algunas quintas. Me ofrecí a ir a trabajar a las quintas a partir de notar que, como ellas decían, *faltaba mano de obra*. Fui durante un ciclo anual a trabajar entre dos y tres veces por semana y en otros casos todos los días a tres quintas, y pude ver el ciclo entero de cultivos y hacer tareas muy diversas. Fue una apuesta de parte de quienes me recibieron, porque tenían que enseñarme labores que desconocía y en las que no era hábil. Y las personas me enseñaron a *trabajar en el campo*, como les gustaba decirme. La posición en la que uno es ubicado por las personas con las que se vinculó nos orienta a los antropólogos sobre cómo conocemos y esto tiene efectos en las maneras de entender y de representar los procesos de los que fuimos parte.

⁷ Las primeras investigaciones antropológicas del tema analizaron las relaciones productivas entre distintos actores en el contexto de un sistema agroalimentario regional (Feito, 1990, 1999). Y encontré muchos estudios, desde una sociología de la horticultura. Algunos estudios trabajaron el cruce entre migración y trabajo haciendo eje en el carácter de enclave étnico de los migrantes bolivianos (Benencia, 1994), en el rol del horticultor boliviano en la producción y la comercialización (García, 2013). Otras investigaciones se enfocaron en las trayectorias socio productivas de los migrantes ultramarinos y su comparación con la de los migrantes bolivianos (Lemmi y Waisman, 2021).

⁸ Hacer tal o cual verdura es una forma muy extendida en el barrio de hablar de producir o cultivar en un sentido global. Suele tener un especial énfasis en el hacer, es decir en la disposición, el qué y el cómo se hace. A veces las personas dicen hice acelga o hice lechuga cuando se juntan para entregar la cosecha, pero incluso en esos contextos, entiendo que aluden a un sentido global de todo el proceso, porque para esta tarea específica y separada (para la cosecha) se suele usar el término levantar.

Durante el trabajo de campo aprendí quién era yo para mis interlocutores⁹. Esa posición se ligó a cómo me ubicaron las personas que viven en este barrio al que yo *llegaba* desde lo que ellas llamaban *la ciudad*, y a veces *la capital*. Para ellos, como efectivamente pasaba, venía de la ciudad de Buenos Aires¹⁰, era porteña y ciudadina. En medio de los términos en que discurrieron nuestras interacciones, ellas me enseñaron a trabajar en sus quintas, me invitaron a sus casas, conocí a algunos miembros de sus familias, me mostraron cómo hacen sus verduras, cuáles son sus preferidas y porqué. Con el tiempo, algunas personas me encontraron nuevos apodos. Como Diego, un *como mediero* santiagueño que trabajaba para la familia Reyes y empezó a cargarme por mi extrema lentitud en el uso del escardillo.

Un día escuché a José explicarle mi presencia a un colega en una de las ferias que ellos hacen en su finca, la *feria en casa* como le dicen:

–¿Ella?, Ella está acá con nosotros. Viene siempre, se ve que le gusta–.

Y en una visita de estudiantes de una universidad de la zona, mientras él contaba cómo producían –siempre estamos llegando– lo escuché decirles:

–Acá viene una chica que hace las cosas que hacemos nosotros. Si quieren venir a trabajar, acá hay mucho para hacer.

En esos momentos noté que, para ellos, que tienen mucha experiencia en recibir investigadores sociales, lo que yo llamaba trabajo de campo también era algo diferente. Poco a poco, a lo largo de un año, me fui convirtiendo en una especie de aprendiz de quintera, una *peona* como me decían a veces, porteña y ciudadina. Y a partir de lo que yo llamaba trabajo de campo, las definiciones que producimos en los centros de estudio y universidades –nuestras ideas sobre la agroecología como la impronta sustentable del desarrollo rural, la concepción de la agricultura familiar que define quiénes son–,

⁹ En este sentido Miguel Bartolomé (2007) sugiere que el oficio de antropólogo tiene una relación con ser un aprendiz de extranjero: con el hecho de que hay que aprender a ser el extranjero que es uno mismo en las sociedades con las que se vincula.

¹⁰ *La capital* está a 40 kilómetros de San Juan. En los estudios agrarios la región se conoce como el Sur del Área Metropolitana de Buenos Aires. Barsky (2004) plantea que en los noventa se estudió a la Ciudad de Buenos Aires y a los partidos que la rodean desde una perspectiva metropolitana, como una aglomeración en su conjunto, como área metropolitana o como región metropolitana. Según el INTA el Área Metropolitana de Buenos Aires está formada por 39 distritos urbanos y periurbanos pertenecientes a la provincia de Buenos Aires, más la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tiene un “territorio urbano” y tres “periurbanos”: el sur (adonde se ubica la producción fruti-hortícola de la localidad en la que hice trabajo de campo), el norte y el oeste (INTA, 2014). Los puntos cardinales están organizados en torno a la ciudad de Buenos Aires.

empezaron a ser miradas desde lo que mis interlocutores llamaban *el campo* y desde su gusto por la vida rural¹¹.

Cuando empecé a ir, antes de la pandemia, la “asociación de productores” estaba en un primer plano. El asociativismo como principio de organización grupal es la forma que se promueve desde los programas de desarrollo rural como la mejor forma para definir, resolver problemas y mejorar las condiciones para sostener los procesos productivos. Para eso fueron asesorados por sus técnicos y técnicas, que eran financiados a través de un programa nacional creado desde 1993, coordinado y ejecutado por el Ministerio de Agricultura, Pesca y Ganadería de la Nación y el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). Era una experiencia exitosa desde el punto de vista de los técnicos agrónomos con los que me vinculaba. El principal motivo por el que me explicaban ese éxito era que duraba. Por su parte, las quinteras y los quinteros insistían en explicar que son *vecinas y vecinos, familias* que se habían juntado porque se lo habían pedido después de la tormenta de 2009, que había sido *como un tornado*¹², en la que *no había quedado nada*. A medida que los conocía empecé a pensar que el éxito de la asociación no era algo que yo tenía que explicar. Porque me estaba relacionando con *familias*, como decían ellos, *vecinas y vecinos* que se habían juntado y que habían decidido cambiar la manera de hacer sus verduras unos años después. Este proceso les había permitido superar momentos críticos como la tormenta de 2009 y después encarar la producción de manera agroecológica. Pero el hecho de juntarse y sostener esa unidad durante más de quince años no suponía homogeneidad grupal en términos de “productores” individuales. A medida que los conocía empezaba a tener la sensación de que asociarse no los había homogeneizado, que no eran sólo ni exclusivamente una “asociación de productores”. Porque había distintas maneras de entender qué era para ellas y ellos la familia, porque vivían y trabajaban entre *vecinas y vecinos*, como decían.

¹¹ No pienso a las relaciones urbanas y rurales como un sistema de oposiciones sino como aprendí a entenderlas en el curso del trabajo de campo. Julieta Quirós (2006) destacó que la noción malinowskiana de contexto de situación supone inscribir los sentidos de las palabras y los actos en cada situación etnográfica, para dar cuenta de quién dice qué, quién hace qué y en qué circunstancias. En los contextos de situación se juegan haceres, conocimientos, expectativas e ideas sobre lo que estamos haciendo ahí. Y en esas situaciones, incluso cuando parecía que estábamos hablando de cuestiones idénticas porque tenían los mismos nombres, se podía llegar a estar haciendo referencia a cuestiones de órdenes diferentes.

¹² Lo que llaman la tormenta de 2009 coincide con la del 16 de febrero de ese año, que provocó destrozos en toda la zona (Ámbito financiero, 2009). En un sitio producido por un técnico especializado en aviónica (electrónica aplicada a la aviación) en una escuela técnica local (muy conocida), se muestran los valores adquiridos por la estación que él desarrolló de manera autodidacta, donde marca las variables cada 10 minutos y se resalta en rojo los valores máximos. Para ese día, a las 13.40 hs. hubo una temperatura de 21 grados, con una humedad de 97 y ráfagas de viento del oeste de 70 km/h a una velocidad de 29 km/h con un recorrido de casi 5 km. Todas las variables se marcan en rojo (ClimaSurGBA, 2009).

Entonces, ¿cómo hacían familias tan diversas –en procedencias y ciclos de vida– para juntarse sin que se homogeneizaran?

Durante mi trabajo de campo las definiciones sobre quiénes eran y cómo hacían agricultura las personas en el barrio dejaron de ser puntos de partida para empezar a ser parte de la investigación. Porque cuando fui a trabajar a las quintas las personas me enseñaron que indagar antropológicamente la agricultura desde sus propios términos implicaba interrogar algunas de esas definiciones, en especial ese adjetivo que era parte de la noción contemporánea de lo que llamamos “agricultura familiar”.

Como comenté, el trabajo de campo implicó emplearme durante un año en algunas de las quintas en el barrio. Así fue como conocí los vínculos entre personas que eran parientes o vecinas y vecinos; y los modos en que se relacionaban para producir, trabajar y vender sus verduras. Con el tiempo empecé a prestarle más atención a qué se referían ellas cuando hablaban de *la familia*, a quiénes consideraban parientes y cómo se vinculaban entre ellos ¿Cuál era la relación entre hacer verduras y hacer familias?

Los parentescos hilvanaron la investigación como la trama que conectaba estos dos haceres. Porque había verduras que eran parte de sus maneras de hacer familia, mientras las familias hacían relaciones sociales con las verduras. Seguirle la pista a las verduras fue lo que me permitió entender cómo se conectaban estos dos haceres desde San Juan, en la medida en que ellas estaban en la raíz de la condición que hacía posible a familias muy diversas juntarse (armar un “grupo de productores”), en cómo se organizaba la vida doméstica (que involucraba a las familias y a los grupos domésticos) o las actividades productivas (el trabajo cotidiano en las quintas).

Se trataba de una trama que conectaba diversas formas de hacer verduras y hacer familias, a través del tiempo y de los lugares. En esa conexión se podía entender mejor que para las personas no era lo mismo lo que ellas entendían por sus familias que los procedimientos operantes en una definición como la de agricultura familiar. Encauzar el problema en esa dirección fue más productivo analíticamente que empezar la investigación sabiendo quiénes hacen, qué hacen y cómo lo tienen que hacer. Entonces el hecho etnográfico de la investigación fue la agricultura, pero no como objeto de estudio o agenda de gobierno sino como problema existencial, como las personas la producen socialmente desde la cotidianidad de sus haceres. Conocer a las personas y la relación que ellas tenían con lo que hacían fue lo que me permitió entender que ellas ampliaban, desafiaban y desbordaban una definición como la de agricultura familiar.

Familias, verduras y parentescos: seguir a las verduras

Louis Dumont (1975) sistematizó las dos teorías de la antropología social sobre el parentesco: la británica, que enfatizó la consanguinidad y produjo una teoría de los grupos de filiación (*descent groups*), y la francesa, que se centró en las relaciones de afinidad produciendo una teoría de la alianza matrimonial. Pero el parentesco no es un tema pertinente en todo tiempo y lugar, como muestran las investigaciones de la antropóloga social argentina Hebe Vessuri en Tucumán (1973, 1984)¹³. La pertinencia de introducir los parentescos surgió a partir del trabajo de campo y me permitió notar la importancia de las relaciones entre las formas de producir y las formas de organización social en este barrio¹⁴.

Las familias con quienes me vinculé durante estos años hacen algunas verduras en sus quintas que mantienen la comunicación con sus parientes, que forman parte de sus formas de hacer familia. La presencia tan poco extraordinaria, tan cotidiana y próxima de estas verduras en las quintas se volvían un indicio para entender qué implicaba producirlas para las personas. De hecho, las verduras me conectaron también a mí con ellas. Aprendí a prestarle atención a las verduras durante mi trabajo de campo. A ellas se destinaban gran parte de las labores diarias, se atendían las maneras en que iban y venían algunas semillas que eran de los lugares donde las personas habían nacido, se propagaban de manera casera en sus quintas, se observaba sus comportamientos en el suelo, se cuidaba cómo viajaban cuando *se levantaban*¹⁵ para llegar a las ciudades en los bolsones o se vendían en las ferias.

Se podría decir que vistas en su genérica condición de verduras, ellas se conectaban con las familias en la medida en que todas las cultivaban en sus quintas. Pero

¹³ En “Cevil Hueco” Vessuri (1984) estudió al proletariado rural tucumano enfocando la organización social de los trabajadores agrícolas de la caña de azúcar a nivel de las unidades domésticas y de las relaciones entre familia, parentesco y sistema laboral; en un contexto donde la división del trabajo y el sistema de roles eran la trama donde se tejían las relaciones sociales. En ese contexto la organización del trabajo (y no las relaciones de parentesco) proveían la clave para la comprensión de los derechos, deberes e intercambios entre individuos y grupos (Vessuri, 1984: 62). Pero en el estudio de colonias como La Ramada de Abajo y La Virginia, con explotaciones agrícolas familiares que eran la única fuente de ingreso familiar y que se basaban casi exclusivamente en el trabajo familiar, el énfasis sí estaba puesto en la relevancia de la organización familiar, del parentesco y el casamiento en las prácticas relacionadas con la tenencia y el uso de la tierra en la formación de las colonias producto de los procesos de colonización (Vessuri, 1973).

¹⁴ No porque sea el fundamento de la sociedad, como ya planteó Godelier (2014); sino porque la producción material de los cultivos dependía de formas de organización que involucraban no solo a los miembros de los grupos domésticos (los hogares) –que en general se tiende a homologar a la familia nuclear (Narotsky, 1984)– sino a otros grupos, más extendidos.

¹⁵ Es la forma en que llamaban a la cosecha.

había algunas verduras que, vistas desde un trato directo y personal con quien las hacía, podría decir que tenían patria. Uso esta palabra en un sentido general, para referirme al lugar natal o adoptivo al que nos sentimos ligados por vínculos de diversa índole, afectivos, culturales, históricos o familiares. Esas verduras tenían algo así como una querencia, eran un pedazo de sus historias, de sus maneras de hacer familia, portaban parentescos y parentelas. Aprender a apreciar la relación entre esas verduras y las personas en las quintas, desde su trato directo y personal; prestar atención a cómo las verduras influían en las personas y cómo las personas influían en ellas habilitó una veta para entender que estaban en la raíz de lo que implicaba hacer relaciones sociales.

Quiero decir que en San Juan las formas de organización social se hacían más evidentes, materiales y concretas a través de la agricultura. A través de seguir a estas verduras en medio de los cotidianos quehaceres en las quintas –que en muchas ocasiones ni siquiera eran las verduras en las que las personas se habían especializado–, conocí múltiples formas de hacer parientes, supe qué fundaba la autoridad de una familia entre vecinos en el barrio, cómo se organizaba la vida doméstica y cómo se sostenían relaciones laborales en el barrio. Por eso en la investigación me propuse entender las formas en que las personas producían socialmente a la agricultura desde la cotidianidad de sus haceres.

El *maicito de Bolivia* acompañaba a una quintera como Ernestina Vargas porque él también se movía entre Toropalca –la localidad potosina donde ella había nacido– y San Juan, a donde se había ido a vivir con su esposo y sus dos hijas desde Lules, la localidad tucumana en la que había aprendido a trabajar con frutillas y había formado a *su familia*. En uno de sus viajes para Carnaval, Ernestina se había traído este *maicito* para plantarlo y hacerlo crecer en su quinta del barrio. Lo que ella hacía con el *maicito* estaba puesto al servicio de la continuidad de su grupo doméstico, que había cambiado. Cuando conocí a Ernestina *estaba sola*. Ella tenía a cargo a su hijo y a sus tres hijas. Clara Ortiz, su compaisana, también del grupo, siempre estaba al lado de ella, lista para hacer cosas juntas. Esos lazos acompañaban a Ernestina en sus esfuerzos por mantener la quinta. Y el maíz morado de la quinta de su hija más grande –la única que se había casado y se había ido a vivir donde la familia de su esposo– era la base del api que Ernestina preparaba cuando las quinteras y los quinteros se juntaban todas las semanas, para fortalecer esas relaciones que le permitían seguir produciendo.

Los alcauciles –uno de los primeros cultivos de la zona– trazaban los hilos genealógicos que mantenían la filiación en el suelo de la finca de la familia Reyes, una de las más antiguas en el barrio. Y encarnaban directamente los cambios en la forma de

producir en esta finca familiar, puestos al servicio de sostener la continuidad de un linaje entre tres generaciones en el oficio. Liliana Reyes me enseñó que los alcauciles trazaban la continuidad de una generación de su familia en la descendencia (por la línea paterna, asociada a los primeros alcauciles cultivados en la finca por su papá, los ñato, de tallo largo). Al mismo tiempo, los alcauciles marcaban los cambios en la forma de hacer agricultura entre generaciones en la familia (por alianza, asociada a la propagación de *otros alcauciles*, de tallo corto, los que había sembrado su pareja, José Díaz). La forma casera de reproducir a los alcauciles por semilla, a diferencia de la más habitual en la zona que se hacía por esqueje, trazaba la continuidad de una generación de la familia Reyes en la descendencia, y a la vez, contenía los cambios en la manera de hacerlos para asegurar la continuidad de la familia en el tiempo.

Seguir a una planta silvestre, en este caso el *melón España*, me hizo notar que las personas creaban lazos complementarios a los de parentesco trabajando en las quintas. Regalar una planta de *meloncito* no era una acción fortuita, sino una forma de reconocimiento y de extender los compromisos hacia las amistades. Diego Gómez, había traído la planta de la casa de su hermano en su pueblo natal, Sumamao, en Santiago del Estero. Y se la había regalado a la familia Reyes, que la reproducía en la finca a la que él iba a trabajar. A través de estas acciones los compromisos que suelen atribuirse a los parientes se extendían entre los amigos. El *melón España* enlazaba a las personas de una manera que producía una forma de cooperación económica peculiar. Diego Gómez hacía varios años trabajaba en la finca. Y el vínculo que los unía iba más allá de una relación exclusivamente laboral. A través de los lazos que conectaban a los Gómez y los Reyes en el tiempo, un trabajador podía llegar a ser considerado “como de la familia”. Y después de un ciclo anual de trabajo en la quinta, Diego podía volver a Sumamao a visitar a su propia familia para la fiesta de San Esteban, llevándole a su hermano semillas de *meloncito España*.

Las acelgas de penca verde permitían que un quintero mantenga vínculos con sus padres en Tarija, donde tenía las tierras que había heredado, a través de reproducir las semillas de una acelga que era de allá; y que *se pasaba* entre vecinos del barrio. Emilio Flores reproducía por cinco generaciones a sus acelgas de penca verde de la misma semilla que se había traído de la finca de sus padres en Tarija. Esta manera de propagarlas implicaba seguir en contacto con la parte de la familia que seguía viviendo en Bolivia, donde las relaciones entre hermanas y hermanos involucraban la herencia de las tierras de sus padres. Durante un ciclo anual de cultivo en su quinta Emilio se ocupó de estas

acelgas de penca verde. Y al final de ese ciclo, antes de volver a viajar a Tarija, recolectó las semillas para poder sembrarlas al año siguiente. Porque Emilio *pasa semillas*, como dice, entre vecinas y vecinos quinteros. En el barrio *pasar* semillas era una acción que sostenía la reciprocidad como principio de derecho y obligación entre vecinas y vecinos, manteniendo vivas las relaciones que permitían seguir con el oficio en momentos cruciales, como cuando los hijos se habían casado y se habían ido o como cuando una tormenta tira abajo los invernáculos y hay que movilizar el trabajo de vecinas y vecinos para levantarlos de nuevo.

Durante la investigación prestarle atención a los procedimientos caseros, a las destrezas y habilidades que las personas desplegaban en el cotidiano ejercicio de su oficio me ofreció una veta para explorar cómo para las personas se conectaban las maneras de hacer verduras y hacer familias en sus propios términos.

Hacer verduras, hacer familias: hacia las agriculturas de parentesco

Términos como el de agricultura familiar eran las claves desde las que se definían quiénes eran y qué estaban haciendo las personas que conocí durante esos años, tanto desde los programas y políticas específicas como desde algunos estudios sociales agrarios. Y haciendo trabajo de campo en San Juan me fui dando cuenta de que las personas no solo se posicionaban públicamente para hablar sobre quiénes eran y qué hacían, sino que *familia*, para ellas, quería decir muchas más cosas, múltiples y distintas. Era esto lo que me permitía hacerle preguntas a la noción de agricultura familiar, que se movilizaba para definir a un nuevo (o no) sujeto social agrario, a un tipo de producción o a una forma de vida.

Las múltiples formas que tenían las personas de hacer verduras y hacer familias vinculaban a grupos más extendidos geográfica y generacionalmente de lo que yo llamaba unidades domésticas, en una red de relaciones bastante más amplia entre parientes en el barrio y allende la localidad. Esas relaciones les permitían a *hacer verduras* de la manera en que ellas querían hacerlas y sostenerse en el ejercicio de un oficio dinámico y cambiante. En este sentido, la distinción analítica entre familias y unidades domésticas que usaron los antropólogos sociales para investigar en otras localidades en la Argentina (Archetti y Stølen, 1975) me resultó fructífera para pensar. Mientras un grupo doméstico definía el sistema de relaciones sociales basado en el principio de residencia que regulaba el proceso productivo, la familia se entendía como el sistema de relaciones sociales

basado en el parentesco que regulaba derechos y obligaciones sobre la propiedad. La movilité para analizar cómo en una misma finca familiar podía haber varios grupos domésticos produciendo sus propias quintas. Y eran todos “familia”, pero con arreglos que impedían la minifundización por herencia y con una autonomía relativa –no siempre armoniosa, porque implicaba conflictos entre generaciones– con respecto a cómo sostener las labores, a sus ritmos y a qué sembrar. Esta distinción analítica también fue útil para entender situaciones entre grupos domésticos distintos que alquilaban juntos una misma finca y, a su vez, mantenían relaciones con la parte de la familia que vivía en otros lugares, con quienes sí tenían derechos y obligaciones ligadas a la propiedad. Así, lo que llamamos la yuxtaposición entre unidad doméstica y productiva podía llegar a involucrar complicadas economías, en las que incidían tanto las relaciones con la familia extensa y otros parientes –que podían o no vivir en el barrio– como las del grupo doméstico y su ciclo de vida.

Además, antes de apelar a la cultura como una totalidad cerrada y homogénea que explicaría una única forma de vida, fue más promisorio analizar cómo se relacionaban familias distintas en el barrio. Las personas se relacionaban entre sí en términos de *familias vecinas* y en esos términos habían entrado en contacto con distintas agencias estatales y con los actores que difundían, promovían y se involucraban con una propuesta como la asociación y con una innovación como la agroecología. Entonces, yo tenía que intentar entender ese proceso desde las quintas y en sus propios términos. Si las vecindades y compartir un oficio eran condiciones necesarias, no eran suficientes para explicar algo que no parecía el equivalente de una asociación de productores. Pero además, las maneras en que se hacían familias no eran una sino múltiples. Y no todas las familias se consideraban iguales. Si ellas entraban en la lógica de las relaciones promovidas por una organización formal, una asociación, no por eso se homogeneizaban o se in-distinguían. En San Juan la “agricultura familiar” y la “agroecología” habían sido propuestas que habían llegado al barrio a través del contacto con personas que trabajaban en agencias e instituciones estatales, vínculos que ellas y ellos también empujaron desde sus propias motivaciones. No se trató de que las quinteras y los quinteros aceptaron o rechazaron una innovación o una propuesta, sino de cómo singularizaron algo que entienden que llegó¹⁶. Las configuraciones familiares son un entramado de relaciones

¹⁶ Quiero decir que no es que unas mónadas o autómatas se “asociativizan” y pegan un salto organizativo. Hay una trama de relaciones sociales en el barrio que engloba ese proceso y lo inscribe en términos que

interdependientes en el barrio, y se entienden mejor teniendo en cuenta tanto las relaciones recíprocamente establecidas entre ellas, como las relaciones establecidas por ellas con distintos representantes de programas, agencias e instituciones estatales. No se trataba de formas de acción contrapuestas o dicotómicas sino de que, como trabajó la antropóloga Gabriela Schiavoni (2021) en algunas poblaciones misioneras, en la medida en que entraban en contacto se mantenían en fricción, en virtud de una matriz de relaciones más amplia que englobaba lo institucional transformándolo en casero, en un proceso que ella llamó de familiarización.

A lo largo de la investigación me aboqué a describir y analizar la agricultura desde la trama existencial que conectaba hacer verduras y hacer familias para las personas en San Juan a través del tiempo y de los lugares. Esa trama vivida (Quirós, 2011) permite entender las maneras en que las personas producen socialmente a la agricultura desde la cotidianidad de sus haceres y en sus propios términos. En las quintas del barrio San Juan, hacer verduras y hacer familias son dos haceres que se inmiscuyen en una relación de implicación mutua (Malinowski, [1935] 1977). Las verduras –las plantas domesticadas– se dejan hacer por estas familias, mientras ellas no dejan de hacer sus propias cosas en las quintas, dándoles a su vez a las familias las ocasiones de enaltecer sus linajes, mantener vínculos entre parientes de otros lugares con quienes tienen derechos y obligaciones, sostener formas de cooperación económica y armar relaciones entre familias vecinas.

Fue así que, desde el trabajo de campo, siguiendo a las verduras me fui yendo de la agricultura familiar hacia las agriculturas de parentesco. Fue la manera que encontré para empezar a pensar que hacer verduras y hacer familias estaban íntimamente entrelazados para las personas que se ganaban la vida en el diario ejercicio de un oficio que ellas llamaban con el término de *quinteros*. Desde las quintas, ellas conectaban estos dos haceres de maneras que desbordaban y desafiaban las nociones contemporáneas acerca de los “agricultores familiares”.

tienen que ven con la dinámica de los vínculos en la localidad. De hecho, lo hacen porque es lo que tenían que hacer, como dice José.

Bibliografía utilizada

Archetti, Eduardo y Stølen, Kristi Anne (1975). *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bartolomé, Leopoldo José [1974] (2000). *Los colonos de Apóstoles. Estrategias Adaptativas y Etnicidad en una Colonia Eslava en Misiones*. Posadas: Universidad Nacional de Misiones, Editorial Universitaria.

Bartolomé, Leopoldo José (1975). “Colonos, plantadores y agroindustrias. La explotación agrícola familiar en el sudeste de misiones”. *Desarrollo Económico*, 15(58), pp. 239 - 264.

Bartolomé, Miguel Alberto (2007). *Librar el camino: relatos sobre antropología y alteridad*. Buenos Aires: Antropofagia.

Barsky, Andrés y Feito María Carolina (2020). “Perirubano”. En Jose Muzlera y Alejandra Salomón y (comp.). *Diccionario del Agro Iberoamericano*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Teseo, pp. 897-908.

Benencia, Roberto (1994). “La horticultura bonaerense: lógicas productivas y cambios en el mercado de trabajo”. *Desarrollo Económico*, 34 (133), pp. 53-73.

De Marco, Celeste (2012). “Nace una colonia. El Instituto Autárquico de Colonización de la provincia de Buenos Aires y el caso de la Colonia 17 de Octubre (Florencio Varela, 1946-1955)”. *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, año 12, N° 12, pp. 241-259.

De Marco, Celeste (2017). *Colonizar el periurbano. El caso de la colonia agrícola 17 de octubre -La Capilla (Florencio Varela, 1946-1966)*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

De Marco, Celeste (2020). “Al final de la trama. Familias rurales en el ocaso del relato colonizador (Buenos Aires, 1970-1990)”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, 15, pp. 126-149.

Dumont, Louis (1975) *Introducción a dos teorías de la Antropología Social*, México: Anagrama.

Feito, María Carolina (1990). *Trabajadores rurales en la horticultura bonaerense: el caso de los migrantes bolivianos*. Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA.

Feito, María Carolina (1999). *Juegos de espejos. Un estudio antropológico sobre las estrategias de los sujetos sociales del sistema agroalimentario hortícola bonaerense*. Tesis de Doctorado en Antropología, FFyL, UBA.

Feito, María Carolina (2005). *Antropología y Desarrollo. Contribuciones del abordaje etnográfico las políticas sociales rurales. El caso de la producción hortícola bonaerense*, Buenos Aires: La Colmena.

Feito, María Carolina (24, 25 y 26 de abril de 2024). *El “Plan del Decenio de Naciones Unidas para la Agricultura Familiar de Argentina”: presencia en la agenda internacional*. II Jornadas Argentinas de Sociología Rural. Asociación Argentina de Sociología Rural. Universidad Nacional de Rosario, Argentina. <https://aasru.wordpress.com/publicaciones/actas-ii-jornadas-argentinas-de-sociologia-rural/>

García, Matías (2013). “De campesinos a capitalistas: el proceso de diferenciación de los horticultores bolivianos en La Plata”. En: Carolina Feito (comp.). *Migrantes bolivianos en el periurbano bonaerense Memorias, producciones, trabajo y organizaciones*. Buenos Aires: Ediciones INTA, pp. 91-103.

Godelier, Maurice (2014). “Ninguna sociedad estuvo jamás fundada sobre la familia o el parentesco”. En: *En el fundamento de las sociedades humanas. Qué nos enseña la antropología*. Buenos Aires: Amorrortu.

Guber, Rosana y Visacovsky, Sergio (2000) “La antropología social en la Argentina de los '60 y '70. Nación, marginalidad crítica y el "otro" interno”. *Desarrollo Económico*, Vol. 40, No. 158, pp. 289-316.

Guber, Rosana (7 de julio de 2021). *El trabajo de campo ahora*. Museo de Antropologías, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. <https://museoantropologia.unc.edu.ar/2021/07/el-trabajo-de-campo-ahora/>

Hermitte, Esther y Bartolomé, Leopoldo (1977). "Introducción". En: *Procesos de Articulación social*. Buenos Aires: Amorrortu.

Malinowski, Bronislaw ([1935]-1977). *El cultivo de la tierra y los ritos agrícolas en las Islas Trobriand. Los jardines de coral y su magia*. Primera Parte. Barcelona: LABOR.

Marco, María Florencia (2023). "La cuestión alimentaria en la trama de la política estatal: soberanía alimentaria y agroecología como problemas de gobierno". Tesis doctoral para la obtención del título Doctora en Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Narotzky, Susana (1988). The ideological squeeze: "casa", "family" and "co-operation" in the processes of transition. *Social Science Information*, 27(4), 559-581. <https://doi.org/10.1177/053901888027004004> (Original work published 1988).

Quirós, Julieta (2006). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre los piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.

Quirós, Julieta (2009). "Por una etnografía viva. Un llamado a des-intelectualizar el "punto de vista nativo". En: Rosana Guber [et al.] (coord.) *Trabajo de campo en América Latina: experiencias antropológicas regionales en etnografía*. Bogotá: Sb editorial, pp. 183-204.

Quirós, Julieta (2020). "Nacidos, criados, llegados: relaciones de clase y geometrías socioespaciales en la migración neorrural de la Argentina contemporánea". En Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras), *Antropologías hechas en la Argentina. Volumen I*. Asociación Latinoamericana de Antropología, pp. 285-305.

Lemmi, Soledad y Waisman, María Alejandra (2021). "Trayectorias migrantes, movilidad social y recambio étnico nacional en la horticultura (La Plata, Argentina, Siglos XX- XXI)". *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 21(2), e145. <https://doi.org/10.24215/2314257Xe145>

Schiavoni, Gabriela (2010). "Describir y prescribir: La tipificación de la agricultura familiar en la Argentina". En: M. Manzanal y G. Neiman (Eds.), *Las agriculturas familiares del Mercosur: Trayectorias, amenazas y desafíos* (1. ed, pp. 43-60). Ciccus.

Schiavoni, Gabriela (2008a). “Prólogo” y “Repensar la reproducción. Del campesinado a la agricultura familiar”. En: Graciela Schiavoni (comp.), *Campesinos y agricultores familiares. La cuestión agraria en Misiones a fines del siglo XX*. Buenos Aires: CICCUS.

Schiavoni, Gabriela (2008b). “De las familias criollas a las lignées purificadas Analogías entre vegetales y humanos”, *Anuário Antropológico*, Brasília, UnB, v. 43, n. 2, pp. 309-334.

Schiavoni, Gabriela (2021). “Consanguinizar y Afinizar. La domesticación de los animales, las plantas y los humanos en las acciones de desarrollo”. *Revista De Antropologia*, 64(1), <https://doi.org/10.11606/1678-9857.ra.2021.184486>.

Vessuri, Hebe (1973). *Colonización y diversificación agrícola en Tucumán*, Departamento Socioeconómico. Facultad de Agronomía y Zootecnia de la Universidad Nacional de Tucumán (Inédito).

Vessuri, Hebe (1974). “Seminario sobre la explotación agrícola familiar en la Argentina”, *Boletín Clacso*, año VI, vol 24-25, pp. 22-26.

Vessuri, Hebe (1975). “La explotación agrícola familiar en el contexto de un sistema de plantación: Un caso de la provincia de Tucumán”. *Desarrollo Económico*, 15(58), 215–238.

Vessuri, Hebe (1984). “Familia, parentesco y trabajo entre los proletarios rurales en Tucumán, Argentina”. *Etnia*, Número 31, pp. 61-91.